

## La pesadilla del paro

CUANDO todo apunta a que, en el presente año, España tenga un crecimiento cero, la secuela de la crisis económica con consecuencias sociales más graves es, sin duda alguna, la del paro. En efecto, la tasa española de desempleo ya ha pasado la barrera de los dos dígitos y, en números redondos, significa un millón y medio de parados. Si a ello se unen tres características estructurales del paro español, se comprenderá claramente que el problema no tiene fácil remedio y que, desde luego, no está al alcance de ningún Gobierno, sea del color que sea, resolverlo a corto plazo.

Las aludidas características son: que la tasa española de población activa es una de las más bajas del mundo y, además, con tendencia descendente; que la mayor parte de los parados españoles son jóvenes, como consecuencia del «boom» demográfico de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, hombres y mujeres que ahora se incorporan al mercado laboral; y, por último, que este mercado laboral se va recuperando muy lentamente de una rigidez impuesta por el antiguo sistema político, en el que la huelga era reprimida sin contemplaciones, pero en el que el trabajador disponía de un empleo prácticamente «de por vida».

Poco a poco, y casi desde todos los colores del espectro político, se va imponiendo la convicción de que la inversión pública, con ser imprescindible, no es suficiente para aliviar el problema. Sin la reactivación de la demanda interior, sin la posibilidad de obtener créditos a unos tipos razonables de interés, sin la eliminación —todavía— de algunas incertidumbres que aparentemente se siguen cerniendo sobre la iniciativa privada y, desde luego, sin un sistema fiscal que estimule el ahorro, la inversión privada difícilmente recuperará su pulso y, con ello, podrá comenzar a absorber trabajadores en paro. Es una triste realidad en esta temporada de juntas generales de accionistas el comprobar cómo muchas empresas consideran un timbre de gloria el hecho de que la plantilla apenas aumentara, o incluso disminuyera, en 1979.

En este panorama se sitúa el documento titulado «Medidas urgentes para luchar contra el paro: actuaciones básicas», que la CEOE ha presentado y que, a principios de mes, remitió al vicepresidente Abril Martorell. De entrada, destaca que sea la máxima organización empresarial del país la que se preocupe seriamente del tema, superando el antiguo maniqueísmo en el que los sindicatos se preocupaban del paro y los empresarios de la inflación.

El documento de la CEOE pone el dedo en la llaga cuando señala que la lucha contra el desempleo pasa por la reactivación, en vez de por aliviar mediante subsidios y ayudas especiales empresas o sectores que no tienen viabilidad económica. Se sigue en este sentido la clásica teoría de que la inversión pública actúe como cebo de la privada y, en términos generales, se coincide con el Gobierno en que los sectores preferentes son el energético —son lamentables las demoras producidas en la aplicación del PEN— y el de la construcción. Respecto a éste, el documento de la CEOE podría incurrir en una contradicción al sugerir que se retrase todavía más —«paralizar coyunturalmente» es la expresión utilizada— la reducción de los coeficientes de inversión de la Banca y las Cajas de Ahorro. Este freno a la liberalización redundaría en perjuicio de los propios empresarios, ya que es un factor que encarece el dinero y, por lo tanto, dificulta los proyectos de inversión. Como ya se ha dicho en otras ocasiones, si es preciso promover algún sector determinado, más vale que el Estado descienda directamente al mercado con una emisión de deuda, por ejemplo, y no distorsione en cambio ese mercado con coeficientes y restricciones que aumenten el margen de intermediación de las entidades financieras.

En definitiva, todas las actuaciones contra el paro deben orientarse preferentemente a crear empleo. Aunque suene a perogrullada, no lo es si se tienen en cuenta algunas de las medidas convencionales que se proponen para paliar el problema, como la reducción de la edad de jubilación o el aumento del período de percepción del seguro de desempleo. También parece probado que los aumentos del salario mínimo, al elevar la barrera del empleo, producen más paro. Son realidades amargas que, sin embargo, habrá que aceptar si se quieren poner las bases de un verdadero crecimiento, única receta conocida para aumentar los puestos de trabajo.

## La fatiga del «Pueblo soberano»

# Digresión sobre el desencanto

SE habla mucho de eso: del «desencanto». Y se trata, naturalmente, de un supuesto «desencanto político». Hubo, en efecto, una temporada de ilusiones, casi de alborozo, que pareció tener en vilo a un amplio sector del vecindario. Todavía no habían enterrado al general Franco, y ya el ambiente se iba animando. El «cambio» era irreversible. Tanto desde las madrugerías de la clandestinidad como en los despachos oficiales del régimen a liquidar, se puso en marcha la inquietud de los relevos, la impaciencia de otra «cosa», la necesidad de un desahogo. El fenómeno no pudo ser más ambiguo, pero, de todos modos, resultaba esperanzador. Luego, las calles y las urnas sirvieron de plataforma a los entusiasmos, y la gente compraba más papel impreso para enterarse o para discutir. Alguien, precipitadamente, auguró la sustitución del apasionamiento futbolero por el interés cívico. Unas Constituyentes improvisadas elaboraron una curiosa Constitución, que me abstengo de juzgar —sería delictivo, o al menos irrespetuoso—, y el «pueblo soberano» la votó en referéndum. A continuación, todo ha sucedido como era de prever. ¿O no?

No cabía esperar más. Las «condiciones objetivas» que la sociedad integrada en la monarquía española heredó del franquismo, el contexto internacional, y otros factores menos fáciles de describir, impedían que el «cambio» fuese auténticamente «cambio» (y ya habíamos olvidado aquella broma de mal gusto de la «ruptura», engendro febril de Dios sabe quién!). Poco a poco, las aguas han vuelto a su cauce: al fútbol y a lo restante. No digo que todo sea igual que antes. Ni lo es ni tampoco podía serlo. Pero no hubo tanto «cambio» como anunciaron. Aún hay por ahí quien habla de «transición». ¿«Transición» a qué? Hemos llegado al final del trayecto, y de eso, conscientes o no, todos estamos convencidos. Por lo demás, los hechos de cada día, administrativos o legislativos, lo certifican. El alegre champán de algunos brindis «consensuales», con que los redactores de la actual Constitución celebraron su partida, hoy debe saberles a vinagre a los ingenios izquierdosos que cayeron en la trampa. O tal vez no: sospecho que algunos ni se han dado cuenta del disparate. Las actuales quejas acerca de la «involución» o de la «derechización» del poder ejecutivo son pura idiotez. No hacía falta ser un lince para verlo venir. Y si no llega a interferirse la llamada «crisis» —muchas crisis en una—, todo habría funcionado «mejor». Sospecho que, históricamente, la derecha española nunca tuvo en-

frente una izquierda tan suave, tímida y bien educada como la actual. Bueno: la derecha española apenas ha disfrutado de una izquierda seria, excepto en raros momentos de crispación revolucionaria. La «crisis» —la creciente muchedumbre de parados, el desasosiego de los empresarios, los líos con el Mercado Común y con los moros, el precio del petróleo, cualquier precio del mercado o supermercado de la barriada, y más—, la «crisis», digo, con su incidencia, embrolla el asunto. El gobierno del señor Suárez se ha probado impotente para cualquier arreglo. ¿Qué sería un gobierno del señor González? Nadie puede sacarse de la manga la panacea. Un amigo mío, encantadoramente grosero, insistía si, unos y otros, juntos, no serán las «rimas» de Felipe Adolfo Bécquer. De hecho, las respuestas del Ejecutivo no responden a nada; las críticas de la Oposición son pazguatas: el agarramiento —o la epilepsia— extraparlamentario no levanta un gato por el rabo.

¿Y qué quieren que hagan los ciudadanos de a pie, y muchos motorizados? Pues encogerse de hombros. Los sociólogos están obligados a explicarnos la diferencia entre el «apoliticismo» de la época de Franco y el «desencanto» de la pseudodemocracia postfranquista. Cada día habrá más abstenciones ante una convocatoria de elecciones —si no media algún drama local—, y las manifestaciones callejeras disminuirán en número, y cambiarán algo para que no cambie nada. El pueblo peatón, si no puede pagarse una entrada en un estadio, o una comilona decente, se resignará al televisor, o a la módica radio portátil, y a unos comestibles baratos y dudosos. ¿La «política»? Como siempre: la «política» es un asunto de «ellos». Es tradicional decirlo así: «de ellos». Un día, la población básica salió a la calle con gritos y banderas. No se repetirá el episodio. El futuro, a lo sumo, será de piquetes con pancartas pintarrajeadas, de anónimos esparidos en las paredes, un petardo aquí o allá. Ejercicios de minorías. O sea: nada, o casi nada. Ya se encargará la policía —consensuada— de aplacar tales discordancias. Teóricamente, al menos. Pero «ellos», la «clase política», continuarán en su complicidad. Las izquierdas, en su escaño parlamentario, avalan a la derecha ancestral, y le dan patente de «liberalismo». No hay constancia de que la derecha, incluida la «socialdemócrata», en el ámbito celtibérico, deje de ser derecha.

Aunque la verdad es que las «izquierdas» de la Piel de Toro sólo son izquierdas porque

les fuerzan a serlo las derechas. Me temo que una gran cantidad de sufragios obtenidos por la hipotética «izquierda» sólo sea un «no» de precaución frente a la granítica derecha, paleolítica, que ahora manda porque ya mandaba con Franco. Mi suspicacia es que hasta el proletariado es de derechas, y vota a las derechas... No, no ha habido «desencanto». O lo ha habido en círculos restringidos, tíernamente subalternos. La «clase política» —derechas e izquierdas solidarias, emparentadas a menudo, pactando el amiguismo y el nepotismo— vibra con su «política». Se tiran los trastos a la cabeza, en un debate parlamentario, y charlan afablemente en el bar de las Cortes y en los míticos «pasillos» de la Carrera de San Jerónimo. Ellos, y todos son unos, no se han «desencantado»; su «encanto», precisamente, es ser «políticos». La demografía subsidiaria, que no se chupa el dedo, opta por seguir lo del balón. Quizá exagero. No mucho. Se han «desencantado» unos grupúsculos tontos. La inmensa mayoría comprendió enseguida que ella no importa políticamente, y sólo protesta por el jornal, por el arancel, por la subida de la gasolina. No protesta demasiado, a pesar de los pesares. Puede que voten «izquierda», pero son de «derechas».

¿A qué viene eso del «desencanto»? ¿Quién se «encantó»? ¿Y por qué? ¿Y cómo? Habría que citar nombres, partidos, intelectuales —«orgánicos» o no—, activistas... Sería muy triste. Los llamados a promover el «análisis concreto de la realidad concreta» pasan el rato tocando la flauta y sin enterarse. Podría poner ejemplos, y muy cercanos a mí. Quizá al lector no le interesen los embrollos municipales. La anécdota de Sueca —se hizo famosa durante un par de semanas— ha venido a demostrar que el señor Carrillo es mucho más tonto de lo que se imaginan sus adversarios de Parlamento. Carrillo, en Sueca —mi pueblo— ha jugado la baza de la derecha, y no de una derecha cualquiera, sino de la derecha-derecha. ¿«Desencanto»? Cada municipio tiene su angustia. La tiene la derecha y la tiene la izquierda. La «clase política» de las alturas se entretiene en el juego del poder, y el «pueblo soberano» queda abandonado a una manifestación o a unas elecciones. Y el «pueblo soberano» se fatiga. Sabe que la trama está en manos de sus «mandamases»: de Felipe Adolfo Bécquer. Y se dedica a contemplar la tele. Que también es un dato político.

Joan FUSTER

## CARTAS DE LOS LECTORES

### HUELGA DE LIDERES

Señor Director: He leído con gran interés en la «Tribuna» de «La Vanguardia» del 11 de este mes, el documentado y bien construido artículo de Ramón Mesó Tarruella. En efecto, es un hecho incontestable y general, la falta de líderes en el ámbito mundial y en España en particular, que es lo que a nosotros, en definitiva, nos afecta.

Bajo el aspecto empresarial, campo en el que me muevo, es conocida no ya la falta de líderes, sino de buenos ejecutivos. Hoy las empresas no se analizan por la cuenta de resultados de explotación, sino por el plantel de ejecutivos que la integran. Siempre llegamos al mismo dilema: ¿dónde encontrar los hombres clave para un determinado puesto? Los tiempos son difíciles y lo fácil y socorrido es cargar las culpas a los contrincantes.

La crisis genérica de que hacemos gala y que va resultando el paño de lágrimas de todos los infortunios, propios o ajenos, provocados o involuntarios nos conduce a un auténtico muro de lamentaciones. Pero en cuanto a buscar soluciones o paliar circunstancias, brilla por su ausencia la iniciativa y creatividad de que todo el mundo es depositario en mayor o menor grado. Un fatalismo y resignación es el denominador común de muchos. Son éstos los que consideran que nuestra situación es el pago obligado de nuestra incipiente democracia.

En orden prioritario, debemos, ante todo recomponer cuanto antes nuestra economía. Sé que es más fácil decirlo que intentarlo. Pero analicemos los más elementales hechos: una democracia se nutre de unos partidos políticos, quienes a su vez se sustentan de los recursos económicos que genera el país, pues sin ellos quién pagaría las facturas que supone el elevado gasto público, como la infraestructura parlamentaria, para citar una sola.

Es de dominio general la alergia que los temas económicos producen en los más altos estamentos del Estado. Se intentaba ignorar los males que en este terreno aquejaba al país. Se hacía política sin el soporte imprescindible de una saneada economía. Los resultados están a la vista. Huelgan comentarios.

El autor del artículo citado, reprochaba a todos los dirigentes del país, sea cual fuere su categoría y situación, su inhibición a todo lo que supone comprometerse y admitir el liderazgo de su parcela.

Por tales causas se comprenderá que sean escasos los líderes que surjan del campo empresarial. Es una verdadera

pena, porque no sólo no hay líderes, sino que se extingue la vocación empresarial. Mi pregunta es: ¿cuando esta rara avis que se llama empresario desaparece por completo, qué será de la pequeña y mediana empresa? Las grandes siempre tendrán el recurso de tener el patron estado, pero, y el resto que suman el 90 por ciento de la producción nacional, ¿bajo qué manto se van a cobijar?

Si leemos los periódicos, todo son halagos y zalamerías para las PIMES, pero: ¿qué se ha hecho en realidad de positivo en favor de ellas? Palabras, promesas y un reconocimiento de que sin ellas el país se va al garete. ¿Es posible que haya tanta inconsciencia, que todo el mundo, especialmente los que pudieran hacer algo para remediarlo, contemplan impertérrito cómo entre todos asistimos al entierro del último baluarte que nos hace alinearnos entre los países de una libre empresa? ¿Hasta cuándo?

Queremos ser útiles al país, pero si se nos niegan los medios, poco podremos aportar para remediar nuestros males. La fe sin obras es muerta. La democracia sin sana economía, sigue igual camino.

Antonio G. CAMMANY  
Presidente de la Agrupación  
Empresarial Independiente

### COBLA Y NO COPLA

Señor Director: Ruego publique en la sección «Cartas» esta corta misiva.

En el artículo que a diario «El pro y el contra» firma Noel Clarasó (del cual soy asiduo lector) con fecha 13 del actual, dice: «¿De cuántos músicos se compone la "copla"?». De diez, once o doce.

¿Cómo Noel Clarasó escribe «copla» y no «cobla»? Fíjese en su sapiencia aposté 1.000 pesetas a que esa orquesta se llama copla. Cuál no sería mi sorpresa cuando el diccionario aclara esto: Orquesta para sardanas: Cobla.

Como el caso es de duda, ruego que en esta sección se aclare la verdad o error de «copla».

Si gano me quedo con las 2.000 pesetas y la «copla». Si pierdo, el amigo oponente se quedará con la misma cantidad y la «cobla».

Saludos y a escribir, Noel. Hay quien le lee.

H. HERGUETA

N. de la R. — Dejando aparte la sapiencia indudable del señor Clarasó, debemos participar al señor Hergueta que en nuestro periódico, como en

cualquier otra tarea humana, pueden darse las erratas. Sin duda, el que apareciese copia por cobla no es atribuible a nuestro distinguido colaborador, sino a un simple error de imprenta. Anotamos a continuación la definición del Diccionario de la Lengua Española. «Cobla. (Del latín *copula*) f. (substantivo femenino) copia. Era composición poética de la poesía trovadoresca. // 2. En Cataluña, conjunto de músicos, generalmente once, que se dedican a tocar sardanas.»

### LOS SERVICIOS DE IBERIA

Señor Director: He visto en televisión la publicidad que viene haciendo últimamente Iberia Líneas Aéreas, sobre vuelos semanales, puntualidad, etcétera.

No he podido sustraerme a la tentación de escribirle para poner así en conocimiento de los usuarios lo que me ocurrió y así prevenir a los viajeros. El pasado día 9 del actual junio, con mi billete Barcelona-Sevilla, que tenía la salida a las 11.50 horas, llegué a la terminal del Prat a las 11.10 (once y diez repito para que no haya error), es decir, con tiempo suficiente para facturar y embarcar, puesto que el reglamento tiene prevista media hora de antelación a la salida, según rezaba el billete.

La sorpresa fue grande cuando al acercarme al mostrador, la señorita comunicaba que el vuelo estaba completo. En iguales circunstancias se encontraban cinco viajeros más que como yo llegaron prácticamente a la misma hora. Se armó cierto revuelo y protestas. Llegó entonces una señorita de relaciones públicas que muy amablemente dio explicaciones y pidió disculpas. El motivo era lisa y llanamente que Iberia, al igual que todas las compañías aéreas del mundo (según la citada señorita) venden un 10 por ciento más de plazas en cada vuelo. Dicen que cuentan con que hay anulaciones a última hora o bien ausencias no previstas. De esta forma se aseguran casi el completo, pero perjudicando y de qué manera a los viajeros, que llegando a su hora y con antelación prevista en las condiciones del contrato, se quedan en tierra.

Este sistema, puede funcionar para Iberia, pero es innegable que al usuario le causan un grave perjuicio, debiendo cambiar el vuelo o anularlo.

La «faena» de Iberia no termina aquí, ya que cambié el billete por otro vuelo del mismo día, pero a las 16.55 horas. Por los motivos que fueran el avión sa-

líó a las 18.30 horas. O sea 1.35 horas después. ¿Dónde está la puntualidad? Debo decir en honor a la objetividad que la señorita de relaciones públicas, nos ofreció un vale para comer en el restaurante del aeropuerto a cargo de Iberia.

La moraleja de este caso, a mi modo de ver, es la siguiente:

Si desea tomar el avión para el que está previsto su vuelo, es mejor que se presenten dos horas antes, aun cuando el avión despegue a la 1.35 horas después del horario fijado.

Gracias.

M. SORIANO

### MILAGRITOS, NO

Señor Director: Ya puede usted publicar en primera página la solución que el Gobierno Suárez ha encontrado para el problema de los jubilados, en vez de matarnos de hambre poco a poco, ha decidido hacerlo por la vía rápida.

Verá usted, señor Director, soy pobre, viuda y pensionista, es decir, que las desgracias nunca vienen solas, ya que si es desgracia ser pobre y viuda, lo de ser pensionista es lo peor.

Resulta que sumando la pensión de jubilada y la de viuda, yo cobraba 21.140 pesetas, cuando en enero me aumentaron 3.185 pesetas pensé que bueno, que menos da una piedra, pero, como poco dura la alegría en casa de los pobres, en marzo me quitan este aumento, ¿por qué?, pues por lo visto cobro demasiado y no sólo esto, sino que en el Ministerio de Sanidad me han dicho que no me corresponde este aumento ni los sucesivos, porque hasta que no absorban las mejoras, los aumentos los irán aplicando a este apartado.

Y la verdad es que si estos señores creen que con 21.140 pesetas al mes se puede vivir, es que deben creer que el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, es algo que yo haga cada día.

Carmen MAHIA

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación —integrada o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.